



EL TURISTA NUMERO TRES

A CABO de llegar a la costa y he visto un espectáculo alucinante. Los propios del lugar me han asegurado que en lo que va de verano es la primera vez que se da: sentado en la terraza de un bar frente a la playa un turista estaba consumiendo una cerveza con una ración de gambas. Eso es todo. El suceso ha causado tal admiración que de pronto se ha formado un corro de transeúntes admirados contemplando la escena.

Paseaba a media tarde con mi perra Lara cuando divisé a lo lejos una multitud que se adensaba bajo la marquesina de un bar desolado. En principio pensé que se trataba de algún Director General que se había ahogado, pero normalmente cuando un Director General se ahoga la gente no suele aplaudir y aquel tropel aplaudía frenéticamente. Luego por los gritos de júbilo creí adivinar si no estaría alguien repartiendo vales para ir a trabajar a Alemania. Pero me acerqué. Metí la cabeza en el interior del corro y descubrí la verdad de aquel alegre motín.

Efectivamente, allí en medio de un paisaje ex-

pectante estaba sentado un turista de edad madura tomando como si nada una cerveza con gambas que al parecer estaba incluso dispuesto a pagar. Los camareros se hacían lenguas explicando alborozados los acontecimientos a los transeúntes, la gente comentaba entre sí el suceso con gran admiración y el dueño del bar levantaba a intervalos los brazos hacia el profundo azul del cielo para dar gracias al Supremo Hacedor. Hasta mi perra Lara metida telúricamente en el lecho movía el bullerengue en señal de gratitud.

No sé quien habrá sido el malvado que ha hecho

correr el rumor de que este año no han venido turistas. Yo puedo asegurar que en quince días que llevo de playa ya he visto por lo menos a tres. Son como los de siempre, altos, bien cebados y rubios, pero este año aportan una novedad dramática: no se sientan nunca, siempre van andando sin detenerse jamás. Se bañan por la mañana en el mar porque es gratis todavía, toman el sol en la arena porque es gratis todavía pero después empiezan a caminar como el judío errante. Como en aquellos paseos domingueros por la Plaza Mayor de los años 40 cuando la juventud deambulaba por los cafés llenos de ensaimadas sin probar ninguna, así ahora los turistas pasan por delante de los bares llenos de llamares a la romana sin osar acercarse a ellos. Por eso un suceso otrora vulgar de tomarse una caña con gambas ha merecido ahora el aplauso general. En medios municipales se habla de que el Alcalde ha dado parte a Madrid por si hay que darle a este turista el merecido homenaje.

VICENT.

